jer animosa, si usted no quiere que le quiten eso, eso se la llevará á usted ...» Con esto se recibe el golpe decisivo..... ¿comprende usted? y como hace ocho días se está con lo mismo, ya se desea concluir... Pero nada de esto hay ahora con ella....

—¡Qué contenta!..... ¿oye usted? ¿Se decide?

—No dice mucho.... gruñe.... habla de su cuerpo... «Mi pobre cuerpo ...» eso es todo lo que se dice.... ¡Ah! la Hermana le habla duro. A mí no me habría decidido de ese modo, si no hubiera tenido gana.... ¡Le habla de la muerte, Dios mio!

—Es que ¿comprende usted? si no le metieran á una un poco de miedo, no la decidirían nunca.... ¡Ah! Se acabó.... ahí esta la Hermana.... ¡verdaderamente parece que está enferma!

XXXIII

Al día siguiente, hacia las once, dos enfermeros con su gorra señalada con las dos letras encarnadas A. P., subían una camilla, sobre la cual iba acostada una mujer pálida, con el aire abatido y como domado, la mirada asustada, las facciones contraídas por la angustia, el rostro lleno de un terror tímido y casi vergonzoso.

El interno y la Hermana Filomena, ayudados por una enfermera, la volvieron á acostar con mil precauciones; y cuando Romana estuvo en la cama, la cabeza alta sobre la almohada levantada, el brazo derecho sostenido por un cojin y separado del cuerpo, una súbita expansión sucedió en ella á la resolución de las fuerzas morales, á esa especie de sumisión, de miedo, de vergüenza, que hace que se

parezcan los operados, después de la operación, á niños recien castigados.

—Te amo, Barnier, dijo; y una oleada de palabras amorosas se escapó de su boca, como un vuelo de besos, con una expresión de pasión casi salvaje.

Barnier le hizo señas de que se callara, y después de haberle recomendado que permaneciera muy tranquila, dejó precipitadamente la sala, mientras escribían en la tablilla al pie de la cama:

Operada el 7 de Febrero.

Encontró á Malivoire en la escalera.

—¿Vienes á almorzar?

—No, contestó; hoy no tengo hambre.

Y apresurándose á entrar en su cuarto, se echó en su butaca; ¡ya era tiempo! las piernas no le sostenían.

El cuerpo de aquella mujer se le presentó sin que pudiera rechazarlo. Sus ojos descansaban en aquel seno de joven, pequeño, lleno y fresco; su bisturí penetraba allí, su mano empujaba el acero..... Y la visión del horrible momento no acababa; todo volvía á empezar; la operación que había ejecutado le parecía estarla haciendo todavía, y siempre.

Su delantal estaba manchado de sangre; no lo había visto. Lo arrojó lejos de sí y subió á la sala de Santa Teresa.

Al verle, Romana le sonrió con sus grandes ojos rodeados de ojeras, que abrían á medias, una de esas sonrisas que no quieren hablar, con las cuales los enfermos piden que les dejen con sus sufrimientos, con su pensamiento, en el silencio, en el reposo.

Volvió muchas veces. Romana tuvo siempre la misma sonrisa de dulzura, de soñolencia y de pereza.

En su última visita, por la noche, le dijo ella en voz tan baja, que el interno tuvo que inclinarse sobre ella para oirla:

—Barnier, tú me has visto, tú ... tú has visto mi cuerpo después..... ¿está horroroso?.... Es muy grande.... ¿eh?,.... Causaré miedo..... Mejor sería estar muerta ¿no es verdad?..... ¿Por qué ha venido tambien la Hermana á hablarme?.... ¿Quién me querrá ahora?..... ¡Ah, sí! hubiera debido dejarme morir.... Tú, que me encontrabas tan bien formada.... tú, que estabas tan orgulloso de mí, ¿te acuerdas?.. . ¡no te atrevías siquiera á mirar el sitio!..... ¡Más hubiera valido, te lo digo, concluir!

XXXIV

—¿Por qué se mueve usted tanto, hija mía? Es preciso estarse quieta, dijo el cirujano á la mañana siguiente.

Se acercó á la enferma, la miró, le tocó la piel: después, descubriéndole el pecho, la auscultó largo tiempo

—Señor Barnier, ¿no ha observado usted nada anormal..... en el corazón..... en los pulmones?

—Nada.... nada.

—Yo tampoco..... Esto va muy bien, hija mía.

Llegado al extremo de la sala, dijo el cirujano á los internos que le seguían:—Señores, he anunciado á ustedes que no habría clínica ... He mudado de opinión.... bajemos

Y cuando los internos y los alumnos estu-

vieron á su alrededor colocados en las gradas del anfiteatro, dijo:

—Señores, quiero hablar á ustedes de la enferma del número 29 La operación, confiada por mí á uno de ustedes, ha sido perfectamente hecha .. Yo no la hubiera realizado mejor que el Sr. Barnier. Acaban ustedes de ver á esa pobre mujer; han observado ustedes el cuidado que he puesto al auscultarla; he querido que el Sr. Barnier repitiera la auscultación, y ya lo han oído ustedes, hemos encontrado todos los órganos en su estado normal.... No hay en la operada ni erisipela, ni flemón, ni síntoma de peritonitis, de pleuresía, de pericarditis ó de lesión abdominal.... No hay nada que deba asustar y, sin embargo, diré á ustedes que no dejo de temer..... Es preciso reconocerlo, señores, aunque nos cueste trabajo, prosiguió el cirujano con tristeza; nuestra ciencia, nuestra experiencia encuentran á veces misterios que se ríen de ellas y las humillan; misterios de que no sabemos nada, á pesar de nuestros estudios, en que no vemos nada, á pesar de nuestros esfuerzos, y acerca de los cuales no podemos decir nada más que esta palabra: ¡Un accidente! porque no tenemos sino esa palabra para significar lo desconocido..... Yo he tenido (hace de esto cinco ó seis años) una enferma operada por el

mismo padecimiento; al día siguiente de la operación, la encontré desasosegada, ansiosa, agitada, abrasando, siempre moviéndose; por lo demás, ningún desorden interior, como en la enferma de hoy. Murió á los tres días, y la autopsia nada me enseñaba acerca de la causa de su muerte; no me revelaba ni una alteración material.... Señor Barnier, ya está usted prevenido; observe usted bien á la enferma..... y el tratamiento ¿comprende usted? el más enérgico....

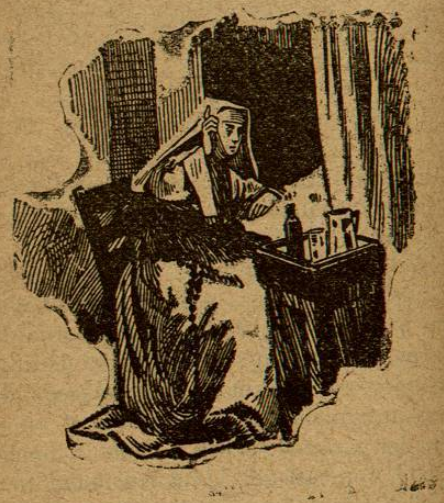
XXXV

—¡De beber! ¡Dame de beber! decía Romana al interno cuando se aproximó á su cama. ¡Ah! No estoy bien....

No hacía más que agitarse, volver y revolver á medias su cabeza sobre la almohada, alargar y retirar sus brazos, levantar una de las piernas, bajar la otra. Se quejaba de ahogo, de dolores en los riñones, de náuseas, de un quebrantamiento general de todo el cuerpo. Barnier pasó todo el día y toda la noche velándola, combatiendo la violencia del mal con la violencia de los remedios; no pudo dominar aquella agitación, apaciguar aquella fiebre, refrescar aquella sed, adormecer mediante una hora de reposo la inquietud de aque-

llos miembros que más y más se movían bajo las sábanas.

Por la mañana, en la visita, el cirujano levantó el apósito; no había ningún desorden en la llaga. Pero la enferma estaba en una exaltación que rayaba en delirio, y toda esperanza se había perdido.



XXXVI

Romana no hablaba ya de Barnier. De repente, durante el día, le cogió furiosa y bruscamente la mano, enlazando dedos con dedos, aferrándose á él con todas sus fuerzas y con toda su mirada, con sus dos grandes ojos:

—No me moriré, ¿verdad, Barnier? dijo con voz dura que cortaban los sollozos.

Y añadía:

—¡Ya no quiero morir.... no quiero, no, no quiero! Querido Barnier, hazme vivir.... Aún no he llegado á la edad.... Tú sabes perfectamente que tenía quince años. El sacerdote ha venido, estaba ahí .. Pero sois todos aquí médicos del tres al cuarto, ¿dí? ¡Oh! Te tengo bien cogido, tú no me abandonarás ... Me es indiferente el no ser ya bonita ... que me ha-

gan lo que quieran ... pero que yo viva.... nada más que eso, vivir: ¡vivir todavía!

Y luego, rechazando con horror las manos de Barnier, que tenía como en un torno, añadía:

—¡Ah, carnicero, cómo trabajabas allí dentro! ... ¡Cómo cortabas!.... Esto es carne para vosotros ¿eh? eso es.... Déjame. Me alegro de haber sido la que te abandonó.... Quisiera haber hecho más todavía, ¿sabes?... verme más engañada de vosotros.

Y tuvo una sonrisa que al punto se quebró.

—Romana, Romana, yo te lo suplico.... decía Barnier.

Pero la moribunda, volviendo á cogerle y llevando sus manos temblorosas hasta los hombros del interno, como quien desea sostenerse, añadía:

—Las demás, ¿qué me importan? Que se mueran todas. Yo soy joven.... aún tengo fibra... hay de qué.... aún no me he acabado..... Se llega á vieja entre nosotras.... Soy fuerte.... yo no he soñado nunca nada.... Yo atravesaba los puentes el invierno cuando helaba, sin nada, con una camisa sobre los hombros; los sábados de ópera, ya sabes. ¿Qué es lo que tiene que hacer por aquí dando vueltas esa perra de Hermana?. .... ¡Ya me importará mucho todo eso cuando esté para marcharme!... ¡Dios, cuánto sufro!. .. Tengo sed ¡Ah, carnicero! Si hubiera tenido carne tuya entre los dientes en aquel momento, ya hubiéses visto cómo muerdo... Sí, de beber, de beber... dame... ¡tengo la lengua como madera!

Bebió; sus ojos se aflojaron, y cayó en uno de esos sueños que recuerdan la muerte en los que van á morir.

Barnier ya no podía más. Huyó. A través de las cortinas de la cama de una enferma oyó, al pasar, la voz de sor Filomena, que decía:

—Sí, es verdaderamente abominable.... No deberían recibirse aquí esas mujeres.... Debería haber celdas.... Morirían al menos sin dar escándalo....

XXXVII

Se acabó la comida. La última corteza de pan que crujía entre los dientes de una enferma, hacía en la sala el ruido del roer de un ratón.

Dos mujeres jóvenes, cuya pequeña cofia blanca se veía ir y venir, con camiseta blanca y falda negra, paseábanse, dándose el brazo, al lado de las camas, con una alegría revoltosa y risitas de chiquillas, con mezcla de ironías de pilluelo.

—¡Hermana!.... ¡Madre!.... decían repitiendo con tono burlón los nombres que se cambian entre la Hermana y las enfermeras; esto es como una familia.... Solamente no se dice aquí «Hijo mío»....

Y reían, cuando la una, que arrastraba la

pierna, dijo á la otra:—No tan de prisa... me duele el muslo.

De una cama salió una voz lenta, quejumbrosa que, deteniéndose á cada palabra, murmuraba alto:

—Las unas, la pierna.... las otras, el brazo... las otras.. . todo el mundo sufre aquí!

De otra cama se escapó un grito.

—¡Cómo grita!.... dijeron las dos mujeres que se paseaban.

—¡O, la delicada! dijo una enferma en su cama: ¡no se molesta!.... ¡No gritaría así delante del médico!

—Sí, si yo gritara mañana así.... dijo una voz casi firme.

—¿Mañana? ... repuso una voz sorda; quisiera yo estar en él para saber lo que van á hacerme....

—Yo también daría algo porque hubiera pasado la noche....

—Es horroroso esto de ver morir así.... en las narices.. dijo la enferma colocada á la derecha de la cama número 29. Hace ya una hora que se agarra á sus sábanas....

—¿La señora lía su petate? dijeron las dos muchachas que pasaban.

La claridad iba descendiendo y extinguiéndose. El misterio de una semi-oscuridad empezaba en la sala, envuelta en los primeros

velos de la noche. La luz, moribunda y pálida como resplandor de luna, parecía un vapor adherido á lo alto de la cortinas y á las cabeceras de las camas por la sombra que subía del suelo. Las ventanas, turbias y sin claridad, tenían solo un reflejo de luz en los últimos cristales, y en todo lo alto, sobre la varilla, una gran mancha blanca en el pliegue de las cortinas corridas. La sombra invadía los dos dos extremos de la sala; pero en el fondo, donde se hallaba el gabinete de la Hermana, se veía, á la claridad de una ventana, un resto de luz que pasaba á través de las cortinas de muselina y formaba una especie de niebla semejante á la que se alza al amanecer en los prados cubiertos de rocío. En esta niebla, los que iban y venían se destacaban vagamente y sin líneas rectas, con apariencia de sombras.

Las garruchas de que colgaban las lamparillas, chillaron; las lámparas descendieron al alcance de la mano de la enfermera, que las encendió.

Entonces, á un extremo de la sala oscura y sombría, donde el resplandor de la más lejana lámpara oscilaba entre cuatro columnas delante de un altarcito, la noche empezaba á entrar como llena de formas que se agitaban. Inundábase poco á poco de

siluetas de personas que surgían. Formose uña especie de tropel confuso y automático, en el cual el negro y el blanco iba aumentando de instante en instante, sin que los pasos de aquellos cuerpos que se juntaban, el roce de aquellos vestidos que se apretaban, hicieran más ruido que gusanos arrastrándose por elsuelo.

Al llegar al círculo de luz de la lámpara debajo de la cual llevaban su silla con trabajo, las enfermas aparecían; ya era una mujerona negra, de cuerpo flaco, metido en un chal negro atado por detrás, que andaba con los brazos un poco extendidos hacía adelante, como el que teme caerse; dándose el brazo iban dos viejas despacito, con la espalda encorvada, sosteniendo la una la silla que llevaba la otra; una joven alta, con trenza de cabellos negros algo deshecha sobre el cuello, se adelantaba sola, elegante y esbelta, con la capa gris del Hospital; venían luego dos risueñas muchachas; en seguida una mujer con pañuelo y el brazo en cabestrillo en otro, atado á la camiseta blanca; después una mujer de campo con su cofia de aldeana. Medio llevada por dos mujeres que la sostenían por los codos, una linda joven se aproximaba penosamente, con la cabeza algo echada hacia atrás, con sonrisa á la vez encantadora y dolorosa, sonriendo á sus

dos compañeras que le decían cuando parecía debilitarse:

—Vamos, ande usted, señora Carraca.

La hermana Filomena, subida sobre el escalón del altar, encendía lentamente las ocho velas de los dos candelabros, diciendo de cuando en cuando, y sin volverse: «¡chist!» cuando el cuchicheo de las enfermas se elevaba demasiado. A medida que la llama de los candelabros tomaba cuerpo, se dibujaban y brillaban la Virgen blanca de manto de moaré azul, las hortensias de papel en vasos de madera bronceada, el Niño Jesús de cera en el pequeño pesebre de tejado puntiagudo, rematado en una cruz; y los cirios, al quemarse, despedían roja luz al lado del altar, sobre lo alto de un gran armario donde en informe montón había muletas y cayadas de madera blanca.

Las enfermas se habían sentado, formando círculo, en las sillas. La más joven y la más débil colocose en el único sillón que había allí. Sus dos compañeras le pasaron una almohada por detrás de la espalda, y le cubrieron con un edredón las rodillas y las piernas.

La Hermana se dirigió á la campanilla colgada de la pared. Sonó el primer toque, dejó pasar un momento de silencio, sonó el segundo, y dijo en voz clara: «¡A rezar!»

Y cayó de rodillas sobre el suelo, en medio del círculo, enfrente del altar.

Su voz se elevó en medio del silencio. Subió bajo la bóveda con una vibración penetrante, en un tono dulcemente agudo, en una especie de cantinela; voz penetrante y cadenciosa, pura como un timbre de cristal, delgada y clara como recitación de niño, original como canto de pájaro; voz semejante al alma de un instrumento y que parecía derramar la oración que pronunciaba.

La Hermana empezó por dar gracias á Dios por todos los bienes que hemos recibido de él, por habernos sacado de la nada, por colmarnos diariamente de infinidad de favores; y poniendo en su boca las acciones de gracias de aquella sala de Hospital, hizo decir á la enfermedad, á la fiebre, al sufrimiento: *¡Ay de mí, Señor! ¿qué puedo hacer en reconocimiento de tanta bondad? Juntáos á mí, espíritus bienaventurados, para alabar á Dios por sus incesantes misericordias, por el bien que concede á la más indigna y á la más ingrata de sus criaturas.....*

Y en el fondo de la sala, murmullos ahogados; era las voces de las otras enfermas, que se unían á su voz.

Un grito, respondiendo á aquel murmullo de voces, salió de la cama de Romana, y pa

labras que se mezclaban con blasfemias confusas, desgarraron la oración.

—*Examinemos nuestras faltas*... continuó la Hermana; *examinemos nuestras faltas hacia Dios, hacia nuestros semejantes, hacia nosotros mismos.*

Y después de un minuto de silencio, su voz repuso siempre igual, siempre serena:

—*Héme aquí, Señor, toda llena de confusión.... Sí, Señor, he llevado hasta muy lejos mi malicia y mi ingratitud!.....*

—¡Un sacerdote! ¡El cura!.... Allí.... ¡sacudid las cortinas! gritó Romana. ¡Calla! la misa.... cantan.... ¡Ah! ¡Qué tontería, esa iglesia!.... Han dejado la puerta abierta.... ¡Barnier! ... Suben.... vienen..... ¡Ah! El médico de la muerte..... ¡Vete, clerizonte!

—*Oremos*... dijo la Hermama con acento de autoridad: *Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre*....

Y las enfermas respondieron desde sus sillas ó desde sus camas con un run run ronco, al cabo del cual cayeron uno á uno, de la boca de las más débiles, los *amenes* retrasados.

—¡Fuera la música!.... Que me fastidian.. Quita las flores, que huelen mal ... No saben cantar.... Te digo que yo sé una canción más bonita ... Aguarda, es un aire.... un aire raro....

Y Romana cantó:

La pequeña Roseta
quiso ver tierra....
.....
Un guarda la pára
allí en la barrera:
¿qué llevas, madre?
ven que te vea;
acércate, rubia.
ponte más cerca.
... ...

—*Dios te salve, María, llena eres de gracia*....dijo la Hermana con voz que se hacía más alta, más fuerte, más dominante; y procuró que resonasen sin intermisión las últimas palabras del *Ave María: Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.*

—¡Vamos! gritó Romana, yo saltaré por encima de la pared, que es baja..... ¡Oh! Me amaba mucho.... sí; decían que su madre había tenido una mirada...

—*Creo en Dios.... con Dios me confieso....* decía la Hermana; y su voz, entera y vibrante, imponía silencio; era á modo de hierro puesto sobre la boca de la agonía, sellando el delirio en los labios de la muerte.

—*¡Señor, tened piedad de nosotros!..... ¡Cristo, tened piedad de nosotros!....*

Y dejaba caer, cada vez con mayor energía,

las plegarrias, arrojando sobre aquella mujer las letanías del Corazón de Jesús, paletada á paletada, como tierra que ahoga, que oprime, que asfixia.

—¡Barnier!.... llamó Romana con voz que parecía un gemido; quiero.... mis cabellos y mis dientes.... conmigo.... Yo no quiero... á los muchachos del anfiteatro.

La Hermana decía—*Acuérdate ¡oh piadosísima María! que jamás se ha oido decir que ninguno de los que con entera confianza han implorado tu protección y poderoso socorro, hayan sido abandonados....*

Ya su voz había perdido su acento enérgico; ya no parecía maldecir ni condenar; las dulzuras de una voz de mujer, las ternuras de una invocación, la dominaban poco á poco y de palabra en palabra.

—Ahí debajo.... decía Romana con voz que se apagaba; sí, ahí debajo.... debajo de mis camisas... ahí escondido.... busca, pues.... debajo.... No ... no... nada de libro..... déjale.... no, no, no!

—¡*Nuestra Señora de los enfermos, tened piedad de nosotros!*... decía la Hermana: y el cariño que rebosaba su corazón empezó á sentirse y á palpitar en su voz temblorosa. Por momentos, su memoria vacilaba y se detenía en las palabras.

—No.... repetía Romana. Y lo que iba á decir se extinguía. La voz de la Hermana empezaba por novena vez el *Padre nuestro*, con ternura tan suave, dulzura tan emocionada, tal acento de piedad y de caricia, que hubiérase creído oír á un ángel meciendo una agonía.

De repente, un grito horrible:—«¡A mí, señora religiosa!»—le hizo correr á la cama de Romana: Se arrodilló, y permaneció rezando hasta que sintió en sus manos enfriarse las manos de la muerta.

XXXVIII

Barnier, después de su salida de la víspera, no había vuelto á parecer por el Hospital.

Entró por la mañana. Su pantalón estaba lleno de barro hasta las rodillas, de tierra mojada, de lodo rojo de los campos. Nunca se supo adonde había ido aquella noche.

Subió de cuatro en cuatro las escaleras de la sala de Santa Teresa, y fué, sin oírsele andar, hasta el centro de la sala. Las cortinas de la cama de Romana estaban corridas, la tablilla quitada.... Con la mano trató de apoyarse, y encontrando un extremo de la mesa grande, se sentó en ella, con una pierna colgando. Detrás de él se oía el andar cadencioso de las gentes que llevan algo. Un cuchicheo de terror corrió de cama en cama: *¡La caja de chocolate! ¡La caja de chocolate!*

Y dos enfermeros que llevaban una camilla cubierta, le rozaron al pasar junto al interno.

Los dos hombres depositaron la camilla á los pies de la cama. Quitaron y pusieron en el suelo, á un lado, la tapa abombada y recubierta de lienzo encerado oscuro, con dibujos de caña trenzada. Las cortinas de la cama corrieron en sus barillas. Sobre el lecho, una forma larga yacía extendida, envuetla en un gran paño, atado por arriba y por abajo con grandes nudos. Un hombre cogió el nudo de arriba; el otro agarró el de abajo, y se adelantaron hacia la camilla; lo que estaba en el paño, levantado por los dos extremos, corrió hacia el centro con una genuflexión horrible.

Cayó la tapa con sordo ruido, y los dos hombres, respirando como después de un esfuerzo, se alejaron soplando con una especie de silbido de satisfacción. Su paso, balanceado por el pesado fardo, disminuyó poco á poco, se extinguió, murió.

Barnier permaneció inmóvil. Siguió mirando al mismo sitio, con ojos que no parecían ver. La cama vacía le atraía. Dos cortinas echadas sobre el coronamiento dejaban colgar sus dos puntas en el lado. La manta, arrollada sobre la barra de hierro de los pies de la cama, caía hacia el piso sin un pliegue. Una

almohada, sábanas en montón, yacían en el suelo. Por encima de la tela oscura y basta de un jergón, sebre el azul crudo de otro colchón aplastado como una galleta, había un tercero, cuya tela, pasada y casi quemada por la legía, blanqueaba; el sol, que daba en él de costado, mostraba el hueco que deja un cuerpo.

XXXIX

Había aquella noche gran animación en el cuarto de guardia, donde los internos daban una comida á los externos. Discutíase al tomar el café, y todo el mundo gritaba á través de la primera humareda de las pipas que se encendían. En el momento en que la botella de aguardiente, circulando de mano en mano para *el glória* (café y licor) pasaba por el lado de Barnier, éste, que jamás lo probaba, la cogió, y lleno hasta la mitad su taza vacía.

—¡Las Hermanas.... las Hermanas!... decía en aquel momento una vocecilla aguda al otro extremo de la mesa; te digo que yo tuve una amante.... fué á dar á luz al Hospital. Pues bien; no la mudaban.... la dejaban podrirse en su ropa.... Todo ello porque no era mujer casada.... así, con su caridad. Y ade-